Dios quiere tu corazón, no tu religión // Miguel Diez

El tiempo de Dios, la gracia y el perdón

Para quienes han caminado durante décadas con Dios, el paso del tiempo no borra la memoria de las primeras alabanzas ni la pasión del primer amor espiritual. Escuchar cantos de hace 44 años puede traer una profunda nostalgia santa, porque recuerdan que Dios permanece fiel. Jesús enseñó que quien experimenta un gran perdón desarrolla un gran amor, y esto nos recuerda que la gracia divina siempre es mayor que la culpa humana. No importa cuán pequeño o grande sea el pecado, Dios tiene el poder de conquistar el corazón con su amor que transforma, restaura y levanta a miles en todas partes del mundo.

El celo santo y el pacto con Yahvé

El amor verdadero incluye un celo puro que no oprime, sino que protege. Sin embargo, existe una versión distorsionada del celo que se transforma en control y obsesión. Dios, a quien la Escritura describe como un Dios celoso, exige fidelidad a su pacto, no porque necesite ser adorado, sino porque sabe que la idolatría destruye al ser humano. El nuevo pacto en Jesucristo reemplaza la letra que mata —la condena del pecado— con la gracia que da vida. Recordar este pacto es vital para no desviarse hacia imágenes, ídolos o sustitutos espirituales que nada pueden ofrecer.

El amor de Dios y la dimensión divina

El amor divino es descrito como un amor “a muerte”, un amor apasionado capaz de transformar por completo el corazón humano. Este amor no es tibio ni indiferente, sino una fuerza

ardiente que invade el alma. Quien ama a Dios con todo el corazón, la mente, las fuerzas y el alma entra en una dimensión espiritual donde la vida cotidiana se envuelve de lo sobrenatural. Milagros, sanidades, liberaciones y conversiones comienzan a surgir como frutos naturales de una relación íntima con Dios que cambia la existencia desde adentro.

La idolatría, el dinero y la raíz de todos los males

La idolatría no se limita a figuras de piedra; también puede manifestarse en las prioridades del corazón. Hoy, uno de los ídolos más comunes es el dinero. Muchas personas confían más en él que en la provisión divina. La Biblia enseña que el amor al dinero —no el dinero en sí— es la raíz de todos los males, porque esclaviza, engaña y aleja de la fe. Cuando se ama más lo material que a Dios, el corazón se divide y se debilita. Y Dios, en su celo santo, no desea compartir el amor de sus hijos con ningún otro "dios" moderno.

Consagración total y amor absoluto

Dios tiene la capacidad de convertir a cada persona en un mejor esposo, esposa, padre o madre. Pero esto solo ocurre cuando Él ocupa el primer lugar. Amar más a la familia que a Dios desordena todo, porque el verdadero amor hacia los demás nace del amor divino. La consagración total consiste en entregar la vida, decisiones y afectos a Dios, permitiéndole moldear el carácter y enseñar a amar como Él ama. Esta entrega lleva al creyente a relaciones más sanas, profundas y llenas de propósito.

Religión versus relación con Dios

Dios no desea rituales vacíos, ni diezmos ofrecidos por obligación o costumbre. Lo que Él quiere es el corazón. La religión, sin una relación personal con Dios, se vuelve un

mecanismo frío que no transforma. Israel, a pesar de su historia de castigos por la idolatría, sigue siendo testimonio vivo de la fidelidad divina. Este contraste entre el juicio y la misericordia muestra que Dios no abandona, sino que busca constantemente una conexión auténtica con su pueblo.

La redención universal y el amor que salva

El sacrificio de Jesús fue la demostración máxima del amor de Dios hacia toda la humanidad. Él vino a liberar del peso del antiguo pacto de la ley, que nadie podía cumplir, y ofrecer un camino de gracia. La religión por sí sola no puede salvar; solo una relación viva con Cristo transforma y restaura. Jesús no busca seguidores por tradición, sino enamorados espirituales que deseen caminar con Él diariamente.

La verdadera felicidad y el nuevo nacimiento

La felicidad real no se encuentra en posesiones ni logros, sino en una vida acompañada por Jesús. El nuevo nacimiento espiritual es una experiencia que rompe las cadenas del pecado y enciende un nuevo amor en el corazón. Cuando Dios renueva el interior, la persona aprende a amar con pureza, fidelidad y entrega total. Esta transformación se refleja en una vida distinta, donde el deseo de agradar a Dios reemplaza los viejos hábitos de la naturaleza caída.

El reino de Dios y la identidad del discípulo

Jesús no vino a establecer una religión nueva, sino a introducirnos en el reino de Dios. Muchos creyentes aún viven como Nicodemos: respetuosos, conocedores, pero sin haber nacido del Espíritu. El reino es una realidad presente, donde Cristo es Rey y sus hijos tienen ciudadanía eterna. Esta

identidad supera cualquier nacionalidad o documento terrenal, pues el verdadero cristiano vive para un reino que no tiene fin.

El evangelio del reino y su misión global

El evangelio que debe proclamarse es el del reino de Cristo, no el de una denominación o tradición particular. Es un evangelio integral que abarca todas las áreas de la vida: familia, trabajo, economía y sociedad. Jesús dio la llave maestra: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”. Este enfoque transforma prioridades, hábitos y decisiones. Vivir apasionadamente por el reino impide el individualismo y la tibieza espiritual.

La llamada a seguir a Jesús sin tibieza

Muchos hoy buscan ganancias antes que almas, pero Jesús llamó a sus seguidores a ser pescadores de hombres. La Gran Comisión sigue vigente: ir, predicar, sanar, liberar y bautizar. La economía pasa a un segundo plano frente a la misión eterna de salvar vidas. Cada creyente está llamado a participar en esta obra, llevando esperanza a quienes viven sin Dios.

Discípulos, no solo creyentes

Ser creyente no es suficiente; los demonios también creen, dice Santiago. Jesús mandó a hacer discípulos: personas que obedecen, aprenden y siguen su ejemplo. Ser discípulo implica negarse a uno mismo, cargar la cruz y seguir a Cristo. Dios busca corazones dispuestos, no espectadores espirituales. Muchos son llamados, pero pocos responden al nivel de compromiso que Jesús demanda.

El celo por la casa de Dios

El mismo celo que llevó a Jesús a expulsar a los mercaderes del templo debe guiar a los creyentes hoy. Como templos del

Espíritu Santo, su vida debe reflejar santidad y dedicación. Proteger lo que es de Dios—familia, iglesia, valores, propósito espiritual—forma parte del llamado del discípulo. Este celo no es ira humana, sino pasión por lo santo.

Profecía, tiempos finales y fidelidad

Las Escrituras anunciaron que en los últimos tiempos muchos se alejarían de la verdad, movidos por un espíritu incorrecto. Sin embargo, Dios sigue buscando relacionarse profundamente con su pueblo. Los conflictos espirituales que afectan a diversas naciones muestran que la batalla es real. El creyente debe mantenerse firme, fiel y sin dejarse seducir por ideologías que enfrían el amor.

La misión a Israel y el despertar de los celos santos

Llevar el evangelio a Israel tiene un propósito profético: provocar celos santos, mostrando la alegría, paz y gozo que Cristo brinda. La verdadera paz no viene de acuerdos humanos, sino del Mesías. Muchas iglesias tienen recursos y llamados, pero no envían misioneros. Recuperar la pasión por las naciones es clave para cumplir el deseo de Dios.

El amor que transforma y da identidad

El objetivo final es amar tanto a Dios que ya no vivamos para nosotros mismos. Cantar de los Cantares ilustra el romance espiritual entre Dios y su pueblo, una historia de fidelidad, espera y pasión divina. El amor de Dios es tan fuerte como la muerte, y sus celos buscan preservar esa relación pura de cualquier distracción o idolatría.

Pureza espiritual y rechazo del humanismo

religioso

El amor verdadero no consiente el pecado ni cede ante la presión de la cultura. El humanismo cristiano—una fe cómoda, complaciente y diluida—es uno de los mayores peligros para la iglesia moderna. El amor de Dios es una llama intensa que no puede apagarse con aguas de razonamientos humanos. La entrega total abre la puerta a los milagros más grandes.

Renuncia, recompensa y confianza en Dios

Quienes han entregado todo a Cristo experimentan la fidelidad de Dios de forma extraordinaria. Renunciar a bienes, propiedades o estabilidad terrenal no es una pérdida, sino una inversión eterna. Jesús prometió cien veces más a quienes dejan todo por Él. Los tesoros del cielo son incorruptibles y permanecen para siempre, a diferencia de las riquezas terrenales.

Consagración global y misión sin fronteras

La necesidad espiritual en el mundo es enorme. Países como Rumanía o Ucrania claman por misioneros que establezcan el reino de Dios. Cada creyente es una llave única que puede abrir puertas específicas en corazones que nadie más puede alcanzar. Disponerse a ser enviado es una declaración de fe y obediencia.

Decir “Aquí estoy, Señor”

La expresión “Heme aquí, envíame a mí” resuena como un llamado para todos. Dios busca personas dispuestas a dejarse usar, a abrir la puerta para que Cristo entre y transforme cada área de la vida. Vivir diciendo: “Hágase tu voluntad en mí” es el acto más alto de rendición y amor.

Conclusión: una vida para Dios

El mensaje culmina con una bendición y una declaración de disponibilidad: ser un siervo del Señor. Vivir consagrados, amar con un celo santo y servir con pasión es la fórmula para experimentar el poder del reino de Dios. Una vida totalmente entregada a Él es la mayor aventura espiritual y la mayor recompensa eterna.